En la Santa Misa, en el momento más sagrado del sacrificio eucarístico, el sacerdote pronuncia las palabras sublimes de la consagración: **«Hoc est enim Corpus Meum»** («Esto es mi Cuerpo»). Con estas palabras, tomadas directamente de la institución de la Eucaristía por Nuestro Señor Jesucristo, se opera el milagro de la transubstanciación: el pan deja de ser pan y el vino deja de ser vino, para convertirse verdadera, real y sustancialmente en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Este misterio ha sido objeto de contemplación, adoración y defensa por parte de la Iglesia a lo largo de los siglos. En este artículo profundizaremos en su significado, su fundamento bíblico, su desarrollo doctrinal y su importancia para la vida del cristiano.

I. Fundamento Bíblico: La Palabra que da Vida

La doctrina de la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía se basa en las mismas palabras de Jesús en la Última Cena:

> ***«Tomad y comed, esto es mi Cuerpo»*** *(Mt 26,26).*
> ***«Tomad, esto es mi Cuerpo»*** *(Mc 14,22).*
> ***«Esto es mi Cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía»*** *(Lc 22,19).*

No se trata de una metáfora o un símbolo, sino de una afirmación literal de Nuestro Señor. Jesús no dice «esto representa mi Cuerpo», sino «esto es mi Cuerpo». Esta enseñanza se encuentra ya prefigurada en el **discurso del Pan de Vida en Cafarnaúm**:

> ***«Yo soy el Pan vivo bajado del cielo. El que come de este Pan vivirá para siempre, y el pan que yo le voy a dar es mi carne para la vida del mundo»*** *(Jn 6,51).*

Los judíos se escandalizan ante estas palabras, pues entienden que Jesús habla literalmente. En lugar de suavizar su enseñanza, Cristo la reafirma con aún más claridad:

> ***«En verdad, en verdad os digo: si no coméis la Carne del Hijo del Hombre y no bebéis su Sangre, no tenéis vida en vosotros»*** *(Jn 6,53).*

Muchos discípulos, incapaces de aceptar este misterio, lo abandonan (Jn 6,66). Sin embargo, Jesús no los retiene explicando que hablaba en sentido figurado, sino que deja claro que sus palabras deben tomarse en serio.

II. La Transubstanciación: La Transformación del Pan y del Vino

La Iglesia enseña que en la consagración se opera un cambio ontológico en las especies eucarísticas. Esta transformación fue explicada por Santo Tomás de Aquino con el término **«transubstanciación»**, definido en el **Concilio de Trento (1545-1563)**:

> ***«Por la consagración del pan y del vino se opera un cambio de toda la sustancia del pan en la sustancia del Cuerpo de Cristo nuestro Señor, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su Sangre. Este cambio es llamado acertadamente y en sentido propio transubstanciación»*** *(Denzinger 1642).*

Aunque los **accidentes (color, sabor, apariencia, textura)** del pan y del vino permanecen, su **sustancia cambia completamente**. Ya no es pan ni vino: es Cristo mismo, vivo y glorioso.

Este es un milagro único, pues en los cambios naturales las sustancias cambian junto con sus accidentes. Pero en la Eucaristía, la sustancia cambia mientras los accidentes permanecen. Es un milagro que desafía la razón humana, pero que la fe ilumina y acepta con humildad.

III. La Adoración Debida a Cristo en la Eucaristía

Desde los primeros siglos, la Iglesia ha reconocido y adorado la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía. San Justino Mártir (†165) testifica que los cristianos de su tiempo ya creían en la conversión del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo.

El Concilio de Trento ratificó esta enseñanza, condenando las doctrinas protestantes que negaban la Presencia Real. La Iglesia afirma con claridad:

> ***«Cristo entero está presente bajo cada una de las especies y bajo cada una de sus partes»*** *(Denzinger 1653).*

Por esta razón, la Iglesia recomienda la adoración eucarística, la exposición del Santísimo Sacramento y la comunión frecuente. Santos como San Alfonso María de Ligorio, Santa Teresa de Jesús y San Juan María Vianney han resaltado la importancia de la adoración al Santísimo Sacramento como fuente de gracia y transformación interior.

IV. La Eucaristía y la Vida del Cristiano

1. La Eucaristía como Fuente de Vida

San Ignacio de Antioquía llamaba a la Eucaristía **«medicina de inmortalidad»**, porque nos une íntimamente con Cristo y nos da fuerza para vivir en gracia. San Juan Pablo II enseñó que **«la Iglesia vive de la Eucaristía»** (*Ecclesia de Eucharistia*).

2. La Necesidad de Recibir la Comunión en Estado de Gracia

San Pablo advierte en 1 Corintios 11,27:

> ***«El que coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y la Sangre del Señor».***

Esto significa que quien recibe la comunión en pecado mortal comete un **sacrilégio**. Por eso,

la Iglesia manda la confesión previa para quien está en pecado grave.

3. Frutos de la Comunión

- **Unión con Cristo**: «El que me come, vivirá por mí» (Jn 6,57).
- **Aumento de la gracia santificante**: nos fortalece en el camino de la santidad.
- **Perdón de los pecados veniales** y preservación del pecado mortal.
- **Unidad con la Iglesia**: «Siendo muchos, somos un solo pan y un solo cuerpo» (1 Cor 10,17).

Conclusión: La Fe en la Palabra de Cristo

Las palabras **«Hoc est enim Corpus Meum»** resumen el núcleo del misterio cristiano: Dios se ha hecho alimento para nuestra salvación. Ante este milagro, solo cabe la fe humilde y la adoración rendida.

Que la Virgen María, Mujer Eucarística, nos ayude a recibir con amor y reverencia a su Hijo en cada comunión, y que nuestra vida refleje la transformación que solo la Eucaristía puede operar en el alma.

¡Adoremos al Santísimo Sacramento con fe, amor y gratitud!